

tano. Y en fin, añadió por despedida, que el Señor dentro de pocos dias moveria el coraçon de vn noble Ciudadano de Mefsina, llamado Bartholomè Ansalon, para que tomasse à su cuenta no solo la proteccion, sino la conclusion de la fabrica, cooperando à ella con las expensas necessarias. Como Mathauda tenia tan repetidas experiencias de la santidad de Eustochia, recibio como profecia sus palabras, en cuya consideracion bolvió à su casa con mucho consuelo. Fue mucho mayor, quando pocos dias despues, entrando en el Templo, la ocurriò el Cavallero, que su Hija avia señalado, y despues de saludarla, la participò como estaba resuelto à tomar à su cuenta la conclusion del Monasterio, sin perdonar expensas, ni diligencias, para este efecto; à lo qual se hallaba interiormente movido con vn genero de impulso, que le sabia sentir; pero no explicar. Diò gracias al Señor la piadosa Marrona, viendo cumplida por este medio la profecia de su Hija; conociendo al mismo tiempo los efectos de la Divina Bondad, que nunca aprieta la clavija del padecer tanto, que se rompa la resignacion; sino solo lo que basta, para que haga la paciencia de la criatura aquella dulce consolarion, que pedia el Amado en

los Cantares à su enamora-
rada Esposa.

)?(



CAPITULO XVI.

CONCLUYESE LA FVNDACION DEL Monasterio, vencidas con celestiales prodigios nuevas persecuciones, y dificultades.

Bartholomè Ansalon, ultimo instrumento de la mano del Señor para perficionar su Obra, se aplicò con tanto calor à ella, que se podia habitar al año siguiente, aviendo incorporado en el Monasterio, con Bulla del Pontifice, vn Hospital contiguo, llamado de la Ascension, cuyas rentas se avian perdido por injuria de los tiempos; ò (lo que es mas cierto) por injusticia de los hombres; Estando las cosas en esta disposicion, el Arçobispo de Mefsina, à quien venia cometida la comission, intimò à la Abadesa de Balsico la Bulla, en que disponia su Santidad, que Eustochia, con quatro Monjas, elegidas de la misma Virgen, passassen al nuevo Monasterio. La Abadesa, que yà tenia meditada, ò sugerida de otros, la respuesta, dixo no podia dár cumplimiento à la Bulla, por tener que representar al Papa nuevos, y gravissimos perjuzios, que de la Fundacion del intentado Monasterio se recrecian al fuyo: en cuya consideracion pedia tiempo para esperar la vltima resolucion de su Santidad. Con esto cesò en la diligencia el Arçobispo: yà le moviese la justicia, que quizà aprehendiò en la respuesta; yà la reputacion de la Abadesa; que, como dexò dicho, era Señora de mucha distincion. Este azaroso accidente dilató el transito al nuevo Monasterio vn año cabal, en cuyo tiempo padeciò Eustochia de las Monjas, Parientes, y Conventuales, lo que no cabe en la ponderacion de mi pluma. Y como sabia, que para allanar

tantas montañas de oposiciones, solo del Cielo le avia de venir el auxilio, trabajaba por no desmerecerle, haciendo en todo aquel año vna vida Angelica, y tan Angelica, que no se supo quando durmiò; porque quando no estaba empleada en los Oficios, ò cosas de la Obediencia, siempre la vieron en el Coro, ò en sus devotos Exercicios.

Concluidas al fin del año en la Curia à favor de la nueva Fundacion las diligencias, tuvo orden el Arçobispo de volver à intimar la Bulla, con apremio de censuras, para que sin replica se obedeciese por las Monjas. No faltò quien à la Abadesa tuviese prevenida para este lance; y ella con el aviso, quando llegó el caso, propiamente la hizo cerrada; porque mandò cerrar todas las puertas, y tornos de la Clausura, de modo, que quedasse incapaz de comunicacion. A vista de resolucion tan defarentada, tuvo el Arçobispo por conveniente valerse del disimulo, antes que de la fuerza; y sufriendo con prudencia su desayre, se bolvió al Palacio para discurrir repofadamente el modo mas oportuno de proceder en el lance, que tenia entre manos.

Presto le quitò Dios este cuydado; porque aquella misma noche dispuso su Magestad el transito de Eustochia al nuevo Monasterio, por vno de aquellos medios, con que se dà à conocer Superior à todas las fuerzas, y cabilaciones de las criaturas. Sucediò, pues, que estando la Santa en Oracion, la ilustrò el Señor de todo lo que passaba, y la diò à entender era de su agrado se encaminasse, con las que avian de seguirla, al nuevo Monasterio en el silencio de la noche: concluyendo, que en testimonio de esta verdad, en punto de las doze, hallaria parentes las puertas; y se les embiaria del Cielo vna

luz, que las guiase. Eustochia prevenida con la Divina illustracion, la participò à las que se avian ofrecido por Compañeras: mas hasta en esto no le faltò materia de gran sacrificio; porque todas ellas (excepta sola vna) arrepentidas yà de su palabra, dixeran les faltaba el animo para executar semejante resolucion. A instancias, en fin, de la Santa la siguieron solamente dos; Elisa Riceia, y Sor Jacoba Pulicina: con las quales, à la media noche, que era obscurissima, y quando con mas descuydo dormian las otras Monjas: se fuè à la puerta Reglar. Llegaron à ella; y al punto se abrió por si misma, sin impulso visible, fucediendo despues lo mismo con otras puertas, que restaban de la parte exterior del Monasterio. Al mismo tiempo baxò del Cielo vn Globo de Luz, que desterrando las tinieblas, y pendulo en el ayre, les descubrió el camino, al modo que la otra Colana de los Israelitas en la peregrinacion del desierto,

Guiadas de la Luz començaron su viage; y quando yà estaban en la mitad, se ofreció à la Santa la pena de que ni llevaban la Primera Regla de Santa Clara, ni Fundadoras de este Instituto, que las impusiesen en sus Obervancias. Pero no bien avia començado à batallar con estos penfamientos, quando se le apareció vn agraciado Niño, que aviendo puesto en las manos de Eustochia la Regla, y el Testamento de la misma Serafica Madre, desapareció; sin aver sabido jamás Eustochia con certeza, quien fuese aquel Niño; de donde vino, ni adonde se fuè: bien que por los efectos que sintió su coraçon con la presencia, siempre se persuadiò seria algun Angel del Cielo. Alentadas con tan evidentes prodigios, y señales del Divino beneplacito, proseguieron su sagrada fuga hasta que finalmente

mente entraron en el nuevo Monasterio: donde la bendita Virgen Eustochia, levantando su espíritu à Dios en hazimiento de gracias, besò la tierra; que no le tenia de costa menos trabajos, que la de promission à los Israelitas.

Pero aun con todo esso le restaban que vencer otras muchas dificultades, para fixar el pie con seguridad, y descansar en la posesion pacifica de la nueva Fundacion: acafo porque quiso el Señor, que tuviesse de firme todo lo que avia tenido de combatida. La Abadesa, luego que con la luz del dia viò patentes las puertas de la Clausura; y con la falta de Eustochia, y las Compañeras, hizo evidencia de la fuga (que así infamaba el justo tránsito de la bendita Virgen à su Monasterio) convocò à sus Parientes, y à los de Elisa, y Jacoba. Quando tuvo juntos à todos, les diò noticia del caso; trabajando en persuadirles con la energia, que le ministraba la ira, y facundia mugeril, estàr todos obligados, à fuer de Cavallos, à bolver por el decoro de su Sangre, y de aquella Casa, restituyendo à ella las Monjas fugitivas, antes que su apostasia, y la afrenta de todos se hiziesse publica, y escandalosa. Y en fin, que si la blandura no las traexesse, las facassen con la fuerza; pues estando todos interesados en el agravio, à todos tocaba dexar bien puesto su pundonor. Los hombres, que tenian muy en su punto las leyes Cavallerescas, se dieron por obligados à todas ellas, luego que con los terminos de pundonor, y agravio, se las intimò la Señora: y sin mas espera, reflexion, ni consejo, partieron todos, conspirados en sacar las tres Esposas de Jesu Christo del nuevo Monasterio. Entraron en el sin resistencias; pero no lo executaron con tanto silencio, que no llegasse su resolucion muy

brevemente à oidos de los Parientes de Eustochia. Estos, que hasta la ocasion presente avian estado desafectos à la Fundacion del Monasterio; aora, haciendo propia la causa de su Parienta, concurrieron prevenidos de armas, y restados à defenderla à todo trance. Por esta razon huviera sido sangriento el empeño de vna, y otra parte, si antes de llegar à las manos no huvieran entrado mediando el Magistrado, y el Arçobispo, con todos sus Ministros, y mucho Gentio, que à las voces, y estrepito del tumulto facilmente se juntò. El Arçobispo, como à quien mas de cerca tocaba el caso, fuè quien mas trabajò en refrenar la ira de vnos, y otros con su respeto: y quando ya los tuvo comedidos, les diò à entender la justificacion de Eustochia; à quien en virtud de la Bulla de su Santidad dexò en pacifica posesion del Monasterio. Pero como no queria Dios N. S. que gozasse su Esposa los consuelos en esta vida sin la mistura de las tribulaciones, azibardò el gusto de la posesion otra nueva pena. Porque, Elisa, vna de las dos Compañeras, aterrorada con las amenazas de su Padre, no tuvo valor para resistirlas, y cediendo à la fuerza, se bolviò con el al Monasterio de Balsico.

Pero el mismo Señor, que si piensa las tribulaciones para contraste de la paciencia, tambien embia las consolaciones, para que se fortalezca, y respire la fragilidad: supliò brevemente la falta de Elisa con otras muchas Doncellas, y Matronas, que en pocos dias se agregaron à las benditas Virgenes, y poblaron el Monasterio. Entrè estas fuè la primera la Madre de Eustochia, que con su Hija Mita, y otra Sobrinica de onze años, llamada Paula, tomò el Abito; dexando consignada toda su hacienda à la nueva Fundacion. Lo mismo hizo

Mita;

Mita; porque su Tio, aprobando ya la resolucion, que antes reprobaba, la entregò todas las cantidades, y hajajas, que tenia en su poder. Mathauda conservò en la Religion su nombre: Mita le mudò en el de Francisca; pero así esta, como aquella, fueron en las Virtudes puntuales imitadoras de Eustochia, segun lo que resta dezir en sus propios lugares.

Bolviendo à los trabajos de Eustochia, no se concluyeron en los que dexò referidos; porque para perfeccionar la Obra le restaban otros, que llegaron muy al coraçon. En la Bulla de la Fundacion, como ya dixè, venia cometido el gobierno de las Monjas al Prelado del Convento de la Observancia de Santa MARIA de JASSY, de Mefina: por cuya razon, conferida la materia con los Discretos, resolvieron, no sin tefon, eximirse de la carga. Dos motivos alegaban para esto: vno, que sus designios eran vivir en total abstraccion del comercio secular; el qual pocas vezes se puede sacudir cuydando los Frayles de los Monasterios de Monjas, fundados por la mayor parte en las mas populosas Ciudades, y Villas: otro, la cruelissima persecucion, que en esta materia experimentaban de los Conventuales. Ocho meses estuvieron sin admitir el gobierno, representando entre tanto sus razones, y repitiendo instancias, y suplicas à la Silla Apostolica, para que les relevasse del. En este mismo tiempo fuè mucho lo que tuvo que sentir la bendita Virgen; porque abandonadas sus Monjas de Conventuales, y Observantes, carecian de Ministro fixo, que les administrasse los Sacramentos, y les dixesse Misa; por cuya razon muchos dias se quedaban sin oïra, y sin recibir la Sagrada Comunion; dolor sobre todos los dolores para vnas Al-

mas enamoradas de su Dios, y Esposo. En Eustochia hizo tanta impresion esta pena, que la rindiò a vna gravissima enfermedad, de que no convaleciò, hasta que viò su Monasterio sujeto à la direccion de los Observantes. Daba la bendita Virgen à su Magestad amorosas quejas en el tiempo de la tribulacion, porque así la delamparaba: y el Señor siempre respondia benigno, dziendola, que su consuelo corria à cuenta de su amor; y que no passaria el año, sin que viesse cumplidos sus deseos. Así sucediò, porque al fin de los ocho meses, defatendidas del Pontifice las instancias de los Observantes, les aprendiò debaxo de Censuras à la direccion del Monasterio por sus letras, que dirigiò al Arçobispo de Mefina, para que las intimasse. Con esto no replicaron mas, y entraron al gobierno de las Religiosas; quedando estas tan consoladas, como quebrantados ellos.

Passado este trabajo, que en la ponderacion de Eustochia fue el mayor de los que por entonces la exercitaron; restaba todavia allanar otra dificultad, para que la Fundacion quedasse perfecta. Y fuè, que aviendo vivido tres años en el nuevo Monasterio, se reconociò no ser la capacidad del bastante para condescender à los deseos de las muchas Doncellas, que venian à tomar el Abito; ni el sitio conveniente para Religiosas; por ciertas vezindades, de cuya cercania se tenían inconvenientes considerables; especialmente para aquel Monasterio, que deseaba vivir ajustado à todos los rigores de la Primera Regla de Santa Clara, que son muchos. Todas estas cosas no dexaban de afligir bastantemente el coraçon de la B. Eustochia, y deseosa de ver fin estos azares vna Obra, que le avia tenido de costa tantos trabajos, pedia al

Se-

Señor abrieffe camino al entero cumplimiento de sus deseos, puesto que todos iban encaminados à su mayor gloria, y honor. Su Magestad oyó los clamores de la humilde Virgen, y dentro de pocos días movió el corazón de aquel antiguo Bienhechor del Monasterio, Bartholomé Ansalon, para que tomasse à su cuenta el consuelo de la B. Eustochia.

Vistòla el devoto Cavallero, y aviendo entendido de la Sierva de Dios el motivo de su affliction, cedió con generosa piedad las casas de su vivienda, que estaban en mejor sitio, y eran muy sumptuosas: à las quales agregadas otras contiguas, que compró à expensas propias, hizo muy en breve un Monasterio con todas las condiciones que la B. Eustochia pedía, capaz de ochenta Monjas, que le habitan oy. Quando estuvo en la conveniente disposicion, se trasladaron à el las Religiosas con mucho consuelo suyo, y jubilo de la Ciudad: que le dió el glorioso titulo de *Monte de las Virgenes*, no sin atencion à la pureza de sus Moradoras, entre las quales se apacienta aquel Cordero, que sobre la cumbre del Monte Sion vió el Evangelista San Juan. Esta fué la conclusion de la gloriosa empresa de Eustochia en la Fundacion de su Monasterio: en cuyo progreso, si no dió passo que no fuessè vna batalla; tampoco entró en batalla, de que no fallasse coronada de victorias. Ella, empero, como verdadera humilde, lo atribuía al Señor, en cuya virtud avia quebrantado las fuerças à tantas contradicciones: de las quales desembrazada, se aplicó à la correspondencia de su Dueño, soltando con nuevos fervores las velas de su espíritu à los impulsos dulcíssimos de

de el Amor,

o)(?)o

de el Amor,

CAPITVLO XVII:

ES ELECTA TRES VEZES EN Abadesa de su Monasterio la B. Eustochia; despues de averlo renunciado con exemplar humildad; Calidades de su gobierno, y milagros à favor de las subditas.

Lvego que el Prelado del Convento de Santa MARIA de JESVS de Melsina admitió la direccion del nuevo Monasterio, segun la resolucion vltima del Pontifice: passò à el para poner en planta las Observancias Regulares, de modo, que se lograsse el fruto de la Fundacion en la mas exemplar virtud de las Moradoras. Y aviendo de abrir la puerta à las restantes disposiciones la eleccion acertada de Abadesa; de cuyo exemplo se formasse la principal, y primera Regla para las subditas, y à cuya vigilancia se debiesse el aumento, y conservacion de todas en lo mejor: puso desde luego los ojos en la B. Eustochia para el referido empleo; por que tenia buenos informes de la santidad; zelo, discrecion, y prudencia, con que Dios N.S. la avia enriquecido. Propusola el Prelado su pensamiento, y lo mismo fué proponerle, que traspasarla el Alma; porque como vivía la humilde Virgen abatida en el abysmo de su nada, con el peso del conocimiento propio; padecía mucha violencia en arrancarle de su quietud, y seguridad, para subir à un estado todo zozobra, y todo peligro. Para dár à entender la verdad de su dolor en este punto, salieron del corazón antes las lagrimas à los ojos, que las palabras à los labios; hablando con el idioma del llanto los sentimientos del corazón. Dixo, que su mucha soberbia debía temer los peligros de la superioridad, como lison-

jas

jas halagueñas del amor propio: y que en la altura de Prelada se le pintaba formidable el precipicio de que estaba assegurada en el abatimiento de subdita. Que hazia grima à su tibieza considerarse en el candelero de la dignidad, para luz, y exemplo de todas, quando en si solamente descubria relaxaciones, y tinieblas. Que si su Reverendíssima deseaba el acierto de la eleccion, le hallaria, antes que en su persona; en qualquiera otra de la Comunidad; especialmente; en su Compañera Sor Jacoba: porque aunque sus años no passaban de veinte y tres, era su virtud sobre la edad, y las prendas de prudencia, y discrecion, à medida de la virtud. Es cierto, que la verdadera humildad es sencillíssima; y à esta cuenta está llena de hermosas implicaciones: siendo vna de ellas, y no la menos principal, acercarse à las dignidades por los mismos passos que las huye. Todas las razones, que la humilde Virgen alegaba para eximirse de la Prelacia, radicaban mas en el Prelado el concepto que tenía formado de las buenas prendas de Eustochia para el Oficio: y sin embargo, dexandose caer àzia la compulsion, no quiso atormentarla mas con las instancias. Si yá no fué cerrar por este medio la boca à la malicia, que glossaba à efecto de la ambicion de Eustochia la fundacion del nuevo Monasterio. De qualquiera manera que lo dixeris, lo cierto es que la dexó consolada por entonces, haciendo Abadesa à Sor Jacoba, como Eustochia propulo: ó por mejor decir, como lo ordenó la Divina Providencia: así para que tuviesse mos este mayor argumento de la humildad de su Sierva, como tambien para que en el profundo rendimiento de su obediencia; siendo, como era, la de mayor estimacion en el

Monasterio, à quien todas veneraban por Madre: mirassen como en espejo vivo la imagen de vna verdadera subdita.

Pensó Eustochia; discurriendo, segun las Maximas de su humildad, que con la eleccion hecha en Sor Jacoba, yá quedaba para siempre libre de ser Abadesa: pero se desengañó, bien à costa de su mortificacion, quando cumplido el tiempo del Oficio de Sor Jacoba, vió que el Prelado bolvia à los passados intentos de hazer en ella la eleccion. A fin de eximirse, repitió la humilde Virgen sus instancias con las expresiones, que sabe el dolor facar à los labios, y à los ojos: pero todas fueron sin efecto; porque demás de clamar toda la Comunidad por Eustochia, pidiendola por Prelada, el Guardian estaba firme en hazerla así, conociendo ser esto lo que convenia. Inexorable, pues; à las supplicas de la Sierva de Dios, la eligió con todos los votos, y confirmó en Abadesa: si bien, recordiendo zozobrada la serenidad de su interior, no dexó de consolárla mucho, inculcando repetidas vezes la seguridad, y consuelo, que debía fundar en la obediencia; cuyo impulso, así como sube los sujetos à la dignidad, tambien los asegura de la caída: porque los clava en el trono con traspaso, sin apegarlos con desgraciado asimiento, como la ambicion.

Confiada, en sí, Eustochia en la Virtud de la Santa Obediencia, y conociendo, que si passassen adelante sus cefusas, quedaria la humildad viciada en terquedad caprichosa: puso el ombro al Oficio, y trató de hazerle cargo de sus obligaciones, para desempeñarlas en quanto le fuessè posible, ayudada de la gracia Divina. Deseaba que todas sus Hijas comies- sen presurosas en pos de su B. P. JESVS

Jesús por el camino real de las virtudes: pero como sabia que el medio mas eficaz para conseguir este fin, era la persuasión de su exemplo: procuraba con imponderable desvelo ser la primera en todas las Observancias Regulares, Actos de Comunidad, y exercicios humildes. Estos los tomó tan por su cuenta, que solo para que sus Monjas no se los quitassen de las manos, se valia del imperio de Abadesa. De la misma autoridad se valió para abrir dexa de la escalera, que subia al Coro, vna Celdilla, en que vivir, al modo de la que tenia en el Monasterio de Balsico; porque cautelando no se le desvaneciese la cabeza en la altura de la superioridad, quiso por este medio asegurarse, quedando en cierta manera à los pies de todas. A los exercicios de la Cruz se aplicó tambien con nuevos, y mayores conatos, para que se aficionassen mas, y mas las Monjas à la meditacion de la Pasión, y Muerte del Redemptor, como à dechado de donde todos los Santos copiaron las verdaderas Virtudes. El fruto, que por este medio hizo en su Comunidad, dió el Señor à entender à cierto Religioso de singular virtud; el qual, estando en oracion, vió à la B. Eustochia brumada del peso de vna gran Cruz, que cargaba sobre sus ombros: con la qual iba caminando à la eminencia de vn monte, llevando en pos de si vna hermosa turba de Virgenes, que llenas de gozo seguian sus huellas.

A la eficacia de sus exemplos juntaba la de su afabilidad, agrado, y mansedumbre; y de todo formaba, para llevar los coraçones de las subditas à lo mejor, vn hechizo dulcissimo, y poderoso, que no tenia resistencia. Tan lexo estuvo de oírle en sus labios el subido tono de la superioridad, que jamás, sino es para humi-

llarse, usó de palabras imperativas. Quando se veia en precisíon de mandar alguna cosa, se valia de las frases del ruego, diciendo: *Hermana mia, querrá hazerme caridad de hazer esto, ó aquello, por amor de Dios?* De aqui se originaba en las Monjas igual promptitud, y gusto en obedecer: como de ordinario sucede, siempre que el Superior echa mano de la modestia antes que del imperio, para obligar al subdito: siendo la causa radical de estos efectos la sobervia, que tenemos entrañada en el Alma, como herencia del primer pecado; desde el qual casi sin saber como, resistimos el imperio, que nos abate; y nos dexamos halagar del ruego, que en cierto modo (para hablar así) nos superforiza: y fino quita del todo el yugo de la sujecion, por lo menos en mucha parte le aligera. Por esta razón, el mandar rogando, viene à ser en los Prelados, no solo modestia, sino discreta, y sagaz industria, para ganar el coraçon del subdito, teniendo siempre gustoso, sin dexar de tenerle rendido. Verdad sea, que como nada violento es perpetuo, será difícil (en opinion del P. S. Bernardo) la continua practica de este estilo, sino en aquellos Superiores; à quienes, como al Alma Santa, aya introducido el Celestial Esposo en la Botilleria de la Caridad.

Esta Divina Virtud, de la qual en Eustochia nacia la benignidad asabible, que he referido, era tambien el movíl de la misericordia, con que se aplicaba al alivio, y socorro de sus subditas en todo genero de necesidades. Padedieronse algunas en quanto à los abastos para el sustento comun, à causa de no tener rentas, ni propios el Monasterio, según la Regla de Santa Clara, en que se fundó: ni bastar las limosnas ordinarias à lo preciso. En estos lancés siempre se man-

mantenia fixa en la esperança de aquel Esposo Celestial, no dexaria de atender en tiempo oportuno à las que por su amor lo despreciaron todo: y alentada igualmente de esta confiança en Dios, y de la compasión à sus Hijas, le pedia el socorro de la necesidad occurrente. Nunca se vió defraudada su esperança; por que siempre la correspondió la Divina Providencia con repetidas memorias de sus maravillas; de las quales individuare vna, u otra.

Vn dia, llegada la hora del comer, no avia bocado de pan, ni gota de azeyte, para disponer la comida: por cuya razon la Refritolera, y Cocinera se fueron afligidas à la Sierva de Dios, para tomar orden de lo que debian hazer. La compasiva Madre, despues de levantar el coraçon al Señor, dispuso, que la vna tocasse à comer, y la otra fuesse al Torno, con fe de que alli encontraría prevenido el socorro suficiente à la necesidad. Obedeció la subdita, y halló en el Torno vna cántara de azeyte, y vn canastillo de harina, sin aver sabido quien allí lo puso. El efecto quitó la duda; porque formados de la harina, y fritos en el azeyte tantos panecitos, quantas eran las Monjas; comieron todas à satisfaccion, y regalo, no solo del cuerpo, sino del Alma, en la qual sintieron dulçuras Celestiales. Otras vezes sucedió tener tan escaso el pan, que repartido entre todas apenas cupiera à onça, según el juyzio de la Refritolera. Però puestas à la mesa por mandado de la Santa Prelada, lo multiplicaba el Señor de modo, que quedando todas satisfechas, sobran muchos fragmentos. Tambien fueron muchas las vezes que hallandose la Comunidad en las referidas necesidades, de repente movia su Magestad à muchas personas devotas, para que em-

Parte V.

biasen al Monasterio lo que necesitaba; por cuyo medio quedaban las Monjas socorridas. El caso, empero, mas admirable en esta materia (por lo que symboliza con el del Salvador, quando con los cinco panes sustentó las Turbas en el desierto) fue, que siendo las Monjas entonces quarenta, y los panes para todas no mas que cinco: los bendixo la Santa para que la Oficiala los repartiessse. Executòlo prompta, y aviendo satisfecho todas sin escasez su necesidad, al fin de la comida se recogieron de las sobras muchos canastos.

Con las Enfermas hizo tambien la compasiva Madre muchos milagros, enflaqueciendo los tiros de la muerte en dolencias desesperadas. Es incontrastable testimonio de esta verdad el maravilloso caso, que ya refero. Llenaban las Religiosas el numero de sesenta; quando se encendió en Melsina vna peste; que no perdonò Convento, ni Monasterio de la Ciudad, en que no hiziesse fatales estragos. En el de la Santa se enfangrenó de modo, que todas las sesenta Monjas se postraron en la cama, sin esperança alguna de vida. La tribulacion de la caritativa Madre en esta fatalidad, era à la medida de la compasion, y amor à sus Hijas: y así por esto, como por otras consideraciones, solicitaba del Señor el remedio de las enfermedades; haciendo por ellas continua, y fervorosa oracion. Estando en ella vna noche, fue arrebatada en extasis en que vió à la mano derecha al Salvador del Mundo, con semblante benignissimo; y à la siniestra vna figura de la muerte, que prevenida de arcó, y aljaba, disparaba saetas à las Monjas. Entonces, como el Aguila generosa, que para defender sus pollucos, haze frente al Cazador, formando de las alas es-

Vu

cu,

cudos, en que recibe, y con que rebate las puntas; así Eustochia, tendidos en Cruz los brazos, se opuso à la muerte, apartando con ambas manos sus disparadas faetas, de modo, que enflaquecido el impulso, cayeron las mas de ellas languidamente al suelo. Las pocas que passaron se clavaron en algunas Enfermas; y dando por esto Eustochia al Señor amorosas quejas, la respondió benignamente: *No prohibas, Esposa mia, que estas pocas de tus Hijas vengan aora à gozarme en la Patria Celestial.* Con esto desapareció la Vision: y por los efectos se calificó su verdad con gran consuelo de la bendita Abadesa; por que de las sesenta Mojas desauciadas, las quarenta y quatro escaparon con vida, y salud; y las diez y seis restantes, à quienes tocaron las faetas de la muerte, entraron por medio de ella à la eterna vida, segun la promessa del Celestial Esposo.

Fuera de esta ocasion, fanò milagrosamente la Santa Abadesa con el contacto de sus manos à otras muchas de sus Monjas. Las mas notables de estas, fueron: vna, à quien el agudo dolor de costado dexaba sin esperanças de vida: otra, que de vna fatàl caída quedò malherida en la cabeza: y otra, lastimada gravemente en la misma parte, al golpe de vn madero, que por casualidad se desprendió del techo. Sobre todas hizo Eustochia la señal de la Cruz, con que las dexò repentinamente sanas. Las experiencias de estos, y otros milagros (que omito por evitar prolixidad, no teniendo circunstancia digna de particular advertencia) radicaban en las Monjas el concepto que tenian formado de la Santidad heroyca de su Prelada: en cuya consideracion la

reeligieron otras dos vezes. Siempre gobernò la Santa, no sin el quebranto de su humildad, y con los frutos de su caridad, mansedumbre, y prudencia, que dexò referidos.

CAPITULO XVIII.

DE OTROS MILAGROS, VISIONES Celestiales, y gracias gratis dadas de la Beata Eustochia.

NO obstante, que ni los milagros, ni los arrobamientos, ni las Visiones, Revelaciones, ni otros favores, que suele Dios hazer à las Almas, pertenecen à la substancia de las Virtudes, ni à lo solido de la Santidad heroyca; conssiendo esta solamente, en el aprecio de Dios sobre todas las cosas, de modo, que se abandonen todos los bienes del Cielo, y Tierra; antes que discrepar en vn apice del beneplacito Divino; lo qual no se consigue, sino por vn absolutissimo quebranto de las pasiones, y total abnegacion de juycio, y voluntad propia: todavia las gracias gratis dadas, y favores de Dios à las Almas, son hermosos accidentés, que califican, y adornan en gran manera su misma Santidad, y Virtudes. Por esta razon, aunque de lo que dexò escrito constan muchos de estos Dones, y favores Celestiales, que comunicò el Señor à la Beata Eustochia: no dexaré de escribir en este Capitulo los que restan; no aviendo tenido lugar mas oportuno en los successos de su Vida.

La gracia de los milagros no quedò estancada en el Monasterio; por que fueron muchos los Seglares que la desfrutaron à favor de incurables

en-

enfermedades. El primero de estos fue vn muchacho hydropico, sobrinò de vna Monja subdita de la Santa. La Tia compadecida del enfermo, tomò cautelosamente el lienço, con que la Sierva de Dios enxugaba sus lagrimas, que eran casi continuas. Lavò el lienço en vn poco de agua; que despues embió al muchacho, para que la bebiesse, invocando el nombre de Eustochia. Hizose así con tan feliz efecto, que al acabar de beber, desapareció el hinchazon, y quedò el muchacho perfectamente sano, y convaldecido.

Corrió la voz del milagro por la Ciudad, y movidas de ella vna muger tambien hydropica, y otra; que tenia metida en los huesos vna calentura hética; ambas incurables: pidieron que se les diese à beber el agua. Bebieronla con viva fe, y al punto recobraron la salud en mucha gloria de Dios, y aplauso de la santidad de Eustochia. Es aun mas admirable el prodigio que se sigue. Vna Doncella de Melsina, llamada Barbara, se hallaba desauciada de los Medicos, encomendada el Alma; y tan en la region de la muerte, que passada ya toda la agonía, restaba solo para espirar la vltima boqueada: en cuya consideracion los Padres tenian hechas todas las prevenciones para el entierro. Vna de las Monjas, que sabia el fatàl peligro de la Doncella; embió vna tunica de la Beata Eustochia, para que con ella tocassen à la paciente. Apenas esta sintió el contacto, quando desaparecidos los horrores de la muerte, se incorporò en el lecho con el vigor, y aliento de quien estaba sana, y robusta. En prueba de que lo estaba pidió de comer, y luego que comió, se vistió por sí sola, con asombro de quantos acababan de verla en la vltima agonía.

Part. V.

A este modo sanaron otros muchos dolientes, aunque no tan incurables como los referidos. Sobre los demonios, que rastro exercitaron su paciencia, tambien la diò el Señor especial imperio: en cuya prueba, dos rebeldes espiritus, que estaban apoderados de vna miserable muger, fallieron de ella huyendo en forma visible delante de mucho concurso, luego al punto que la bendita Virgen hizo la señal de la Cruz sobre la paciente.

El Dòn de Profecia, y el conocimiento de los secretos del coraçon humano: abyssino solo à Dios penetrable: tampoco faltaron à la Beata Eustochia. Fuera de los casos referidos en su Vida, donde se ve patente esta verdad: predixo la muerte à su Hermana Sor Francisca; y sucedió quando, y comò lo predixo. Cierta Monja, venida de su flaqueza, y de la fugestion del demonio, diò en apertecer los aplausos de virtuosa, para tener en las demás la estimacion, y aprecio, que la Sierva de Dios. A este fin, en lo exterior executaba con tal primor las apariencias de la virtud, que llegó à conseguir sus intentos, passando plaza de muger exemplar en el juycio de todas. La Beata Eustochia, conociendo con la luz del Señor la simulacion de la miserable: llamòla aparte; y aviendola descubierto, no sin mucha caridad; sus inferiores artificios, la persuadiò, que se enmendasse. Quedò confusa la Monja, viendo patente vn secreto, que ella no avia sacado à los labios: però dandose por entendida al aviso, tratò de la enmienda, y aliento de la confusion al arrepentimiento. Casi lo mismo sucedió à otra subdita, llamada Petronita: la qual, por acreditarle de fervorosa, y penitente, para con la Santa Madre, se pi-

Vu z

diò

dió licencia para penitencias atrocísimas, sin animo de ponerlas en execucion. Al mismo punto vió la Santa vna gran chusma de diablillos de poca estofa, que à espaldas de la simple celebraban entre sí con gestos, y ridiculos visages el engaño, no sin mofa, y escarnio de la Santa Abadesa. Conocióda por este medio la ficcion de Peatronila, oyó su relacion Eustochia con vn genero de sonriso, que despertó bastantemente en la Monja el rezelo de que no era creida. Para asegurarse mas, esforçando la ferrenidad del semblante contra el sobresalto del coraçon, la replicó muy en sí, diciendo: *Pues, que, Madre, no me cree? No, Hija, no te creo* (respondió la Santa) *y tu sabes bien la mucha razon que tengo para no dár credito à lo que dizes.* De aqui pasó la benigna Madre à corregirla, disculpando en la flaqueza propia, y en la fuerza de las diabolicas sugestiones su caída: arte, con que lenizó la correccion de modo, que la hizo apetecible, y logró en la subdita todo el fruto de su zelo.

En punto de Visiones, y Revelaciones Divinas; si huvieran de escrivirse todas las que tuvo esta regalada Esposa de Jesu Christo, seria menester libro aparte: porque desde su infancia (como dexo referido) le fueron frequentes las visitas de la Madre de Dios. En la Oracion se continuaron las del Celestial Esposo; las de los Santos Angeles, y otros Cortesanos del Cielo; y especialmente las de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, à quien amaba con ternura de Hija. De todas, empero, solo he referido, y aora diré de las que restan, aquellas, que por alguna particu-

laridad son mas notables. Estando la Sierva de Dios enferma de vn agudo dolor en el pecho, que no solo la quitaba el movimiento, sino la respiracion, vió en sueños baxar del Cielo quatro Celestes Espiritus, que acercandose à ella, hizieron todos la señal de la Cruz sobre la parte del dolor. El efecto probó no ser la vision fantástica; porque al contacto se llenó su coraçon de vn gozo tan exorbitante, que ahuyentó el mal, y la dexó perfectamente convalécida. En otra ocasion se le formó en vna mano vn carbunco de tal malignidad, que apurados los Cirujanos, despues de tres meses de curacion, resolvieron cortar la mano; disposición, à que la Santa se ofreció gustosa, por tener que hazer al Señor esse sacrificio mas en las aras de la paciència. Pero quando comenzó à prepararse para él, se le apareció Nuestro Seráfico Padre San Francisco: y tomando con vna mano la de Eustochia, con la otra la dió su bendicion; en cuya virtud desaparecieron à vn tiempo el carbunco, y su señal.

Congoxada otra vez la Beata Eustochia con el rezelo de si avria sido del beneplacito Divino la Fundacion de su Monasterio: se le manifestó visible su Angel Custodio; y por admirable modo de la Providencia Divina; puso delante de la Santa Madre todas las Monjas vivas, y difuntas, que tenia, y avia tenido el Monasterio desde su principio. De las difuntas conoció la gloria, y de las vivas, la gracia; con que el Señor remuneraba sus merecimientos. *En esso* (dixo el Angel) *eharás de ver, Eustochia, que serviste à nuestro Dueño: y desapareció.*

Vn

Verdading.
ad ann.
1491. n.
35.

Vn dia de aquella grande Indulgencia de Porciuncula, que à favor de todos los Fieles concedió liberalmente la Misericordia Divina à N. P. S. Francisco: comenzó à dudar Eustochia, si la tal Indulgencia se podría aplicar à las Animas del Purgatorio por medio de Súfragio. A la duda respondieron las mismas Animas: porque todas las que entonces estaban en penas, se le pusieron delante en la misma forma que padecian: vnas abrasandose en vivas llamas; otras, ahrojadas en durísimas prisiones; otras, rodeadas de serpientes, y feroces bestias, que las despedazaban; y todas à vna voz clamaban, que tuviesse de ellas misericordia, aplicandoles la Indulgencia. Así lo hizo la compasiva Virgen, quedando por este medio desvanecida su duda.

Algunos gages de los quatro doctores de gloria suele comunicar tambien el Señor, aun en esta vida mortal, à los cuerpos de aquellos Justos, que le son muy familiares; hazendoles por este medio mas venerables à los ojos de los demás Fieles, para cuya edificacion, entré otros fines, concede semejantes privilegios. Gozólos Eustochia no sin excelencia; pues (como dexo dicho) siempre que comulgaba despedia su rostro rayos de luz, y exhalaba de sí fragancias celestiales. Demás de esto, vna noche, que la dichosa Virgen salió del Coro para su Celda, en ocasion, que todas las lamparas de los transtos estaban apagadas, y el Monasterio en tinieblas: vieron las Monjas à Eustochia tan llena de claridad, que no parecia sino vna purísima Estera de crystal con toda la luz del Sol dentro de sí. Y al modo que el mismo Sol va desterrando las tinieblas de la carrera por donde passa: así Eustochia fué iluminando la obscuridad de todos los transtos hasta su Celdilla.

Parte V.

feliz Estancia ya; que desde aquel prodigio pudo meter en embdias à la misma Casa del Sol.

CAPITULO XIX.

DESPUES DE DOZE AÑOS DE VNA incurable, y penosissima enfermedad, revela el Señor à la Beata Eustochia con maravillosos presagios el dia, y hora de su muerte: *Preparase singularmente para ella; y muere en el osculo santo* no sin grandes prodigios.

ES cierto que no son condignas las pasiones de esta vida; no digo solo, de la gloria, que en bendiciones de dulçura tiene prevenida el Señor à sus Escogidos: pero ni de las delicias escudadas, con que suele regalarlos aun en la miseria de este destierro: por cuya razon, à fin de proporcionarlos para semejantes favores, de ordinario les carga la mano de las penalidades; dexando enseñado con esso à los mundanos, que no se llega al gozar, sino por la escabrosa senda del padecer; y que será vanísima confiança presumir coger flores de gloria, sin averse primero lastimado con espinas de penitencia. Grandes fueron los trabajos de Eustochia desde la cuna hasta la sepultura: en su infancia la exerció el demonio: en su puericia, su Padre: en su adolescencia; el mismo con sus Parientes: en su juventud, las Monjas, con todos los que se opusieron à la Fundacion: ella misma en todo tiempo maceraba sus virginales carnes con terribles martyrios: y el Señor, vltimamente; comunicó à su innocente cuerpo los dolores de su Pasion Santísima. Con todo esso, como la tenia el mismo Señor elegida para vn eminentísimo grado de union, y gloria consigo, quiso dár à sus meri-

Vu 3

tos

tos otra mano por medio de vna penosísima enfermedad, que le duró doze cabales años, y fueron los últimos de su vida. No se sabe qué genero de mal era el suyo, y solo dize nuestro Annalista era vna enfermedad inaudita, y del todo incurable, y avia de serlo necessariamente; porque los Medicos, desconociendo los efectos (todos à la verdad rarísimos) ni atinaban con las causas, ni con los remedios. Padecía dolores vehementes, y continuos de todo su cuerpo; y en quantas medicinas se le aplicaban (que se aplicaron muchas, y varias, para experimentar quales le serian apropósito) encontraba mayores dolores: si bien de todos hazia nuevo caudal para comerciar en la gloria con la paciencia. Hasta el enfermo con que sus Hijas la asistían, cuyadas de su alivio, le servia de tormento; porque como tenia clavada profundamente en su corazón la humildad, qualquier obsequio que tocaba en ella, renovaba su dolor. En tan prolixo padecer no tenia mas consuelo, que el de la Sagrada Comunión, y Visitas Celestiales. Estas eran frecuentes; y aquella, casi de todos los dias; cuyas písimas soberanas la dexaban tan animosa para padecer mas, que todo se le hazia poco. De aqui, y de las exorbitancias del amor à la Cruz, nacia tanta serenidad en sus penas, como si abundara en delicias; sin defraudar en ayes, ò suspiros, la fineza de la resignacion. Solo se exhalaba su corazón, como aroma preciosísimo sobre las asquas de sus dolores, en fervorosos hazimientos de gracias à su Dueño, porque así la crucificaba consigo. La afabilidad con las Religiosas era tan grande, como si nada padeciese: su semblante, tan risueño, que se hiziera increíble su padecer, si por otros principios no estuviera manifesto.

Pocos dias antes de cumplir los doze años de tan penosa enfermedad, determinò el Señor dár à entender à su Esposa con varios, y misteriosos presagios la cercanía de su fin; para que avivada poderosamente con la noticia la esperanza del eterno abrazo, volassen à la esfera mas activas las llamas de la Caridad. Muchos de estos presagios refiere nuestro Annalista: yo por escusar la molestia, diré vno, ò otro de los mas principales. Apareciósele en Vision imaginaria la Turba Celestial de las Sagradas Virgenes; y aviendo la significado con festivas señas viniése à incorporarse en aquel Sagrado Coro: ella lo hizo, dexando sumamente desconsolada, y llorosa à las de su Monasterio. Poco despues viò tambien vna lampara tan hermosa, que se llevaba los ojos; y tan resplandeciente, que equivalia à la luz de muchas antorchas juntas. Ardía delante de vna lastimosa Imagen de Christo Crucificado: pero quando pareció estâr en lo mas vigoroso de su lucimiento la lampara, cayò de repente al suelo, y desapareció. Es casi lo mismo lo que se sigue: Viò vna resplandeciente antorcha en medio de su Coro, cuya luz servia de estímulo à las Religiosas, para cantar al Señor las Divinas alabanzas. Ibase consumiendo mas aprisa, mientras ardía mas vigorosa, hasta que finalmente deshecha à conatos de su ardor, sepultò su ser en su misma llama: la qual, volando à su esfera, dexò embuelto el Coro en tinieblas funestísimas. Estas symbolicas representaciones, fixaron en el corazón de Eustochia noticias, no solo de su cercana muerte, sino de su futura gloria; porque entendió ser ella la antorcha, y la hermosa lampara, que aviendo por la gracia de Dios alumbrado à su Monasterio con las luzes del buen exemplo; y especialmente

con.

con los obsequios à Christo Crucificado: acababa el día de la vida temporal, para dár principio al de la eterna entre el Coro de las Santas Virgenes, con tanto jubilo de estas, como desconsuelo de sus Monjas.

Confirmòla el Señor expresamente estas mismas inteligencias despues de algunos dias, en el siguiente suceso. Entre los obsequios, con que veneraba la Cruz Santísima del Señor, era vno la salutación, que hizo el Apostol San Andrés à la misma Cruz, quando iba à morir en ella. Repetiala Eustochia todos los dias con singular devocion, y notables sentimientos de su corazón enamorado: por lo qual, en estando tan gravada de sus males, que no podia por sí dezirla: rogaba à las Monjas se la repetiesen. Executandolo así vno de los dias últimos de su vida, fuè tan exorbitante la conmocion de su espíritu por la compasión à su Crucificado Dueño, que hazia extremos, y padecía mortales congoxas, traufadores frios; y tanto caimiento de pullos, que persuadidas las Monjas ser aquella yà la vltima agonía, comenzaron à encomendarle el alma. Pero à poco lo dexaron, porque vieron convertidos en gozo todos los extremos del dolor, quedando la Sierva de Dios en vna suspension profundísima. Duròle cinco dias, en los quales, aborta en el Summo Bien, que amaba, conociò inefables secretos, y altísimas disposiciones de la Divina Providencia en sus Escogidos. En esta ocasion la certificò el Señor del día, y hora fixa de su tránsito à la Eternidad; por cuya razon, al bolver del rapto, pidió à la Madre Abadesa (eralo entonces segunda vez Sor Jacoba) que juntasse la Comunidad en su presencia, porque tenia que proponer cosas de summa importan-

cia. Condescendió la Abadesa, y quando Eustochia tuvo à las Monjas delante, las mirò con benignísimos ojos, distilando de ellos aquellas lagrimas, que cobra el corazón humano de la naturaleza, como censo de lo racional, y de lo sensible; testificando el amor, sin contradiccion de la gracia.

Despues, como sagrado Cisne, que canta mas dulce en su muerte, levantò la voz, y dixo: Carísimas Hermanas mías, bendecido conmigo al Señor Dios de Israel, porque sin desdenarse de mi baxeza, y mirando la humildad de esta su indignísima Esclava, me visitò de lo alto en entrañas de misericordia. Dizele, que era mi Dios, porque no necesitaba de mis bienes; y èl me llena de los suyos, como à pobre miserable, levantandome del estiercol de mi vileza à la Corona de Esposa. Dame prisa su amor para que me acerque à sus brazos; y refugio à mi destierro pocos dias, porque, rotas en breve las prisiones de la mortalidad, espero volar à la Patria, y entrar por las eternas puertas al gozo de mi Señor. Su sereno no ferà mi descanso por los siglos de los siglos; su corazón, mi reclinatorio de oro, porque le elegi para siempre. En esta fè, Carísimas, son ociosas vuestras penas por mi falta, y aun no se si diga, que llego à ser injustas; pues haziendo el Señor conmigo la misericordia de levantarme el destierro, y recibirme por suya, debierais celebrar mi muerte antes con jubilos, que con lagrimas. Fuera de que si me amais de corazón, como esse llanto testifica, debéis anteponer mi dicha à vuestra conveniencia; pues hartas vezes os dixè que amor que busca interesses, nunca fuè de muchos quilates. Y bien mirado, Carísimas,

rísimas, que vais à interessar en mi
 vida? Qué vtilidad os puede tener
 mi presencia? Sin duda no debeis
 de conocerme hez inmundísima
 del cieno; asco de la plebe, horrura
 de los hombres, gusano tan abomi-
 nable, que, à no ser por la gracia de
 mi Señor Jesu Christo, pudiera in-
 ficionar al mundo. Y quando vues-
 tra ignorancia necesitase de doctri-
 na, vuestra tardança de estímulo,
 vuestra tibieza de exemplo: qual
 otro puede hazeros falta, teniendo
 sobre la Cathedra de la Santísima
 Cruz al Autor de las finezas nue-
 stro Dios, y nuestro Esposo? Repa-
 sad sus lecciones, y desterrareis ig-
 norancias; seguidle, y no andareis
 en tinieblas; acércaos à él, y fereis
 iluminadas; llegaos, y no fereis
 confundidas: venid à él, y apren-
 dereis la sabiduria del temor santo;
 reclinados en sus brazos, y os alivia-
 reis de vuestros afanes; meditad su
 amor, y sacudireis tibiezas: miradle
 desamparado, y os consolareis con
 él; poned los ojos en su rendimien-
 to, y se os irán trás de la obedien-
 cia; contemplad su desnudez, y
 amareis la pobreza, y penuria; pon-
 derad su humillacion, y seguireis la
 humildad; y en fin, colocad en
 vuestro coraçon el azecillo de
 Mirra de toda su Pasion Santíssi-
 ma, y ella os hará dulces todas las
 tribulaciones de esta vida mortal.
 Profiguió su platica, contrayendose
 despues à las obligaciones del Esta-
 do Religioso, cifradas en el altísimo
 titulo de Esposas de Jesu Christo: y
 aviendolo ponderado con mas que
 humana eloquencia, las exortó à su
 cumplimiento, despidiendo bolcanes
 de amor Divino en cada palabra.
 Concluida esta funcion, que duró
 cabal vna hora, las dió su bendicion,
 pidiendo rogassen à Dios por ella, y
 la dexassen sola con su Dueño. El

quebranto, las lagrimas, los suspiros,
 los abrazos de las Religiosas en esta
 despedida, dexó à la consideracion de
 los Lectores.

Quando yá pareció tiempo con-
 veniente à la bendita Virgen, hizo
 que llamassen à su Confessor, para
 tratar con él los secretos de su Alma,
 y recibir el Sacramento de la Peni-
 tencia: por cuyo medio, y repitien-
 do finísimos actos de caridad, anhe-
 laba purificar mas, y mas su coraçon;
 à fin de hazerle digno Sagrario del
 Viatico Santísimo, que pidió con
 humildad exemplar. Llegado el caso
 de administrarfele, fixó los ojos en la
 Hostia Consagrada con encendidas
 ansias de recibirle; desatando al mis-
 mo tiempo la repressa de sus afectos
 en tales ternuras, que conmovió no-
 tablemente los coraçones de sus
 Monjas, hasta hazerfe ródas mares de
 lagrimas. Recibió à su Magestad, y
 abrazada estrechamente con él en lo
 mas retirado del Alma, quedò ena-
 genada de los sentidos, tan sin seña-
 les de vida, que à no estar el rostro
 despidiendo luzes, y todo baña-
 do de gozo; la tuvieran por muerta.

Desde este punto habló muy pocas
 palabras à las Monjas, porque la
 fuerza del amor la tenia toda absor-
 ta en su Amado: de que fueron testimo-
 nios los dos siguientes prodigios. El
 primero, que, estando toda la Co-
 munidad presente, baxó del Cielo
 vna refulgentísima Estrella, y puesta
 sobre la cabeza de Eustochia, se dexó
 ver por mucho rato; despues del
 qual desapareció. Los efectos, que hi-
 zo en el interior de la Bienaventura-
 da Virgen, pueden inferirse de los
 que quedaron en el exterior; porque
 la perpetua belleza de su rostro cre-
 ció sin medida; y los ojos en particu-
 lar le quedaron resplandecientes co-
 mo dos Luzeros. El segundo caso

fué;

fué, que poco antes de darle la Ex-
 trema-Uncion, estando juntas las
 Monjas, vieron descender de lo alto
 vna Señora, en quien la belleza, la
 modestia, la Magestad, y el adorno,
 se competian. Llegóse à la bendita
 Virgen Eustochia, y quitandose del
 dedo vn anillo preciosísimo, se le
 puso à la feliz Esposa de Christo. Los
 resplandores, que el anillo despe-
 dia de sí, eran tan exorbitantes, que
 iluminaron todo el Monasterio, y
 tan activos, que no podian atenerlos
 los ojos. Puesto el anillo, se deruvo
 la Magestuosa Matrona, coloquian-
 do, al parecer, con Eustochia, por
 vn breve espacio de tiempo; des-
 pues del qual desapareció, dexando
 los coraçones de las Monjas abra-
 dos en afectos santos, y no sin pena
 de que tan presto se ausentasse de su
 vисти. Tambien desapareció el anillo:
 y como la Sierva de Dios no bolvió à
 conversar con la Comunidad des-
 pues de esta maravilla, no se pudo
 saber fixamente, ni el significado del
 anillo, ni quien fuesse aquella Seño-
 ra: pero con mucha congruencia se
 dexa discurrir seria la Madre de Jvsus,
 y de las Virgenes, que obligada de
 los obsequios de Eustochia, se ade-
 lantó à darla en el anillo prendas
 ciertas del Celestial Desposorio. Al
 mismo fin baxó del Cielo la Madre
 de las Misericordias, poco antes que
 la Seráfica Madre Santa Clara entre-
 gasse à su Criador el espiritu, y la
 adornó con vn Manto de inexplica-
 ble candor, y preciosidad: y parece
 verosímil, que aviendo Eustochia co-
 piado en vida con puntual fidelidad
 de Hija las Virudes de su Seráfica
 Madre: gozasse de favores semejan-
 tes à los suyos en la hora de su
 muerte.

Passadas estas cosas, y llegado el
 día doze de Enero del año de mil
 quatrocientos y noventa y vno, por

la mañana pidió el Santo Sacramento
 de la Extrema-Uncion, que recibió
 con indecible fervor, y jubilo de su
 espíritu, alternando con las Monjas
 los Psalmos Penitenciales. Despues,
 arrebatada de las impaciencias san-
 tas del amor, y de la esperanza, en-
 tonó aquel Psalmo de Laudes: *Deus
 Deus meus ad te de luce vigilo*; repitien-
 dole con tal dulçura, que suspendia
 en admiracion, y gozo los coraçones.
 En esto pasó casi toda aquella ma-
 ñana, y en punto de las doze, hora
 determinada à su preciosa muerte;
 vió al Dulcísimo Jvsus, que saliendo
 de su Talamo, como Esposo, acom-
 pañado de multitud innumerable de
 Angeles, enderezaba sus hermosos
 passos à la pobre Celdilla. Al instante
 que el Señor se dexó ver de su Es-
 posa, desplegó el rostro de esta vn gol-
 pe de luzes, sin comparacion mas in-
 tensas, que las que de ordinario des-
 pedia, quando comulgaba; de modo,
 que no parecia su cara sino vn lumi-
 noso Oriente de resplandores. Oye-
 ronse tambien Celestiales armonias,
 que al parecer contrapunteaban à
 los afectos de Eustochia. Y al fin pre-
 valeciendo en ella el vigor de la gra-
 cia contra los desmayos de la natu-
 raleza; se incorporó en el lecho con
 singular compostura; y aviendo mi-
 rado con risueños ojos à todas sus
 Monjas, como quien las daba el úl-
 timo vale para caminar al Cielo: fixó
 los ojos, y el coraçon en su Dulcísimo
 Esposo; y con la blandura, y sof-
 fiego de quien se reclinaba en sus
 brazos, le entregó su feliz espíritu,
 cumplidos los cinquenta y quatro
 años de edad, y quarenta de Reli-
 gion.

Las fragancias, que exhalaba
 el bendito Cuerpo, y los resplando-
 res del rostro, se conservaron des-
 pues de difunta; y toda la belleza, fle-
 xibilidad, y blandura, se aumentó de
 mo-

modo, que no solo no parecia despojo de la muerte, sino anticipada prenda de la Resurreccion vniversal. A estas maravillas se juntaron otras, que hizieron à la Sierva de Dios mas venerable, estendiendo, y radicando mucho mas en el concepto de los Fieles la fama de su santidad, y Virtudes. El mismo dia de su felicissimo transito vieron todos los Ciudadanos de Mefsina vna banda de palomas tan singulares, que sus alas parecian de finissima plata, no sin esmaltes sobrepuestos de oro: y heridas de los rayos del Sol despedian reflexos admirables. Volaban en torno con festivos eucarceos sobre aquella Hermita de San Nicolàs, donde en sus primeros años Eustochia recibió el Espíritu Santo por el modo singular, que dexo dicho Capitulo Septimo. Al mismo tiempo se descubrió cierta Avecita no conocida sobre la Iglesia del Monasterio de la Santa; y todo el dia sin cessar, hasta caer del Sol, estuvo cantando con tales queiebròs, y melodia, que en su comparacion, fuera desparecible el canto de la Philomela. Estos prodigios despertaron la atencion de los Ciudadanos, para que averiguassen su causa; y tuvieron poco que discurrir luego que corrió por Mefsina la noticia de la muerte de Eustochia; porque todos se persuadieron à que por aquellos medios engrandecia el Señor à su Sierva; y llamaba la devocion de todos para que venerassen su santidad con las mas reverentes demostraciones. Fixos en esta resolucion, concurrieron en numerosos tropes al Monasterio, donde sucedió lo que dirè en el Capitulo siguiente.



CAPITULO XX:

ENTIERRO, FAMA POSTHVMA;
Milagros, y Culto inmemorial
de la Beata Eustochia.

Con tanta gloria de los humildes, como confusion de los sobervios, vemos cada dia la verdad de aquel infructuoso desengaño de los moradores del abyssino; en que, bien à su despecho, dicen: *Nosotros insensatos, reputabamos por necedad la vida de los desechados del mundo, juzgando que su fin avia de ser su honor. Deslumbramiento fuè de nuestra presumpcion altiva; pues ellos agora se conputan entre los hijos de Dios, y su suerte feliz està en el numero de los Santos.* De estos solidos, y verdaderos honores tocò tanta parte à la humilidissima Virgen Eustochia, como no sin admiracion vemos en este Capitulo. Corrió la voz de su dicho transito, y baraxados en los coraçones de todos los Ciudadanos el dolor, y el gozo; este por su gloria, y aquel por su muerte: prorumpian en estrañas demostraciones de vno, y otro afecto, celebrandola con lagrimas, y llorandola con aplausos, y bendiciones. Corrian en confusas tropas al Monasterio, y à gritos pedian que les manifestassen el tesoro de las Virtudes, el consuelo de sus aflicciones, y el aylo de sus necesidades. Para condescender por vna parte à tan justificadas ansias, y cautelar por otra aquèllos devotos arrojos, con que la piedad suele romper en semejantes ocasiones los coraçones de la prudencia: resolvieron el Confesor del Monasterio, y el Guardian de los Observantes de Mefsina, que se pudiesse el bendito Cuerpo junto à las rejas del Coro por la parte interior, à distancia que pudiesse ser.

ser visto, pero no tocado. Sacaronle; y no pareció sino que salió el Sol en la Iglesia, porque à las luzes, que el rostro despedia, quedó iluminada toda. La fragrancia era subidissima; pero ni molesta, ni conocida; y en todas sus señas, daba bien à entender ser efecto de causa superior à toda la naturaleza. Era Jueves, y tuvieron expuesto el Santo Cadaver à la veneracion de los Fieles, hasta el inmediato Sabado en la tarde, sin que en todo este tiempo se disminuyessen aun levemente, ni las luzes, ni las fragrancias, ni la flexibilidad, ni la hermosura.

En atencion, empero, à que los concursos eran cada instante mayores (porque los que vna vez veian el Santo Cuerpo, no acertaban à desviarse; y la voz de los prodigios comenzaba ya à arrastrar las Poblaciones de la Comarca; de cuyos aprietos, y confusiones pocas vezes dexan de resultar inconvenientes de harta consideracion) determinaron los Religiosos dár al Cuerpo sepultura; como lo hizieron, cerrandole en vna caja bien ajustada, con gran dolor de los Ciudadanos, y especialmente de las Monjas, cuyos coraçones quedaron sepultados con su tesoro. De las Exequias, que discurro le hacia la Ciudad, no puedo hazer relacion; porque ni nuestros Chronicistas, ni los Historiadores estraños, toman en boca este punto: y yo à la verdad no dexo de echarlo menos; pues estando tan estendida la fama de la santidad de la Beata Eustochia, calificada con las patentes maravillas, que avian tocado en vida, y tenían à los ojos en los dias de su muerte; y siendo por otra parte Hija de la misma Ciudad, emparentada con las mas illustres Familias de ella: parece no pudieron menos de hazerle solemnissimas honras, con la pompa

digna de tal Sujero; y antes creerè ser omision de los que escrivieron, que defatencion, ò esquivèz de la Patria; por mas que estè infamada de ingrata para sus mismos Hijos, que mas le merecen sus honores. Si ya no fuè despigarle por este medio del enfado, que quiza concibieron contra los Religiosos, porque tan aceleradamente dieron sepultura al Sagrado Cadaver, cuya maravillosa visita les servia de tan gran consuelo. Pero si asì fuè, no fuè justificado su despique; pues obraron los Religiosos muy medidos à las leyes de prudente cautela, que no frissà muy bien, ni es bien que frisse en semejantes lances, con las nimiedades de la piedad.

Bolviendo à tomar el hilo de la Historia, cinco dias despues de sepultado el Santo Cuerpo, se oyeron en el sepulchro golpes, cuya calidad, y repeticion, puso en cuydado al Confesor; que avisado de las Monjas, se certificò por sí de la novedad. Examinada con mucha madurez, y consultada con el Guardian, salió de acuerdo abrir la sepultura, y registrar el Cadaver. Avendolo executado, apareció tan hermoso, flexible, y fragante, como quando se cerrò en la caja; y con el prodigio mas, de estar destilando sangre por las narizes. Veinte y dos dias continuos, dize nuestro Fray Marcos de Lisboa, que durò esta maravilla, falliendo tan copiosamente la sangre por ambos caños, que hacia dos hilos. Al mismo tiempo manaba de rodadas sus coyunturas vn licor clarissimo como el crystal, y odorifero mas que el balfamo: tan sin escasez, que à los diez dias necesitaron passar el Cuerpo à otra caja, en la qual se continuò vna, y otra maravilla. Ambas fueron verdaderamente dos manantiales de milagros; porque, recogido la sangre, y el sudor en ampollas, pomos,

y liengos, se aplicaron à varias dolencias con felicissimos efectos. La sangre cesò à los veinte y dos días: pero el sudor, aunque pausò por entonces, se repite hasta los tiempos presentes en algunos dias festivos, y principalmente los Viernes: dias, en q̄ la bendita Virgen hazia especial memoria de la Pasion de su Amado. Viendo los Religiosos, que tales, y tantos prodigios intimaban de parte del Señor la veneracion, en que gustaba fuese tenido tan venerable Cuerpo, le colocaron con mucha decencia en vn Altraz del Coro, donde hasta oy està venerado de la piedad por la inmemorial de mas de dos siglos con culto publico, aunque no Ecclesiastico: y alli le buscan los Fieles, como comun asylo de todas sus necesidades.

Referir en particular los milagros posthumos, que el Señor ha hecho, así à la invocacion del nombre de Eustochia, como con el contacto de su sangre, sudor, cabellos, azeite de su lampara, y otras reliquias, seria cosa molesta, y aun imposible. Quien quisiere ver muchos de ellos con toda extension, lea la Vida de esta Santa Virgen, escrita por Cesar Lança, Cavallero de Mefsina, impresa en la misma Ciudad año de mil seiscientos y veinte: que yo para cerrar este Capitulo me contento con la relacion de dos perpetuos prodigios. Vno es, la incorrupcion de su Santo Cuerpo: pues este se conserva hasta nuestros dias entero, fragrante, hermoso, tratable, fresco, y tan apacible à la vista, como si no le faltasse el Alma. Otro, que en aviendo de morir alguna Religiosa de aquella Comunidad, avisa algunos dias antes, dando perceptibles, y repetidos golpes en la caja, donde yaze (al modo que se refiere del Glorioso San Pasqual Baylon) à fin de que cada

Vvading?
ad ann.
1491. n.
40.

vna se disponga para morir. De este prodigio se han hecho serias, y varias averiguaciones, como pide su gravedad; y de todas estas consta ser así, sin que desde la muerte de la Santa Virgen, hasta oy, haya sucedido morir alguna Monja de aquella Comunidad, y no aver oido todas estas los golpes para la prevencion. En apoyo de esto sucedió, que el año de mil quinientos y cinquenta, Doña Leonardor de Ofsorio, Vi-Reyna de Sicilia, entrò à Venerar el Cuerpo de la Santa Virgen: y noticiada del prodigio, que acabò de referir, despertaron en su coraçon deseos de experimentarle. La Santa, mas liberal de lo que acaso quisiera la Vi-Reyna; diò puntualmente los golpes con las repeticones acostumbradas, de modo, que al pavor quedò la Señora fuera de sí. Recobrada del susto, entendió fer ella à quien con aquellos golpes se avisaba la cercania de la muerte: y así si fuè; porque à pocos dias murió en Panormo, desfrutando el aviso en la Christiana prevencion, que hizo para passar à la eternidad.

La Vida de esta prodigiosa Virgen escribieron muchos. Entre todos fuè la primera Sor Jacoba Pollicina, individua Compañera de la Sierva de Dios, en vna Relacion entendida, aunque poco limada; que remitió à la V. Sor Cecilia de Perosa, Abadesa del Monasterio de Santa Lucia de Fulgino: y de esta Relacion se sacò autentica copia para nuestro grande Annalista, à quien yo he seguido. Despues de Sor Jacoba escribieron; de los Domesticos, Mariano Florentino, Marcos de Lisboa, Rodolfo, Barezzio, y Arturo. De los Eltraños, Francisco Maurolico, Cesar Lança, Abraham Bzovio, y otros. En ellos ay alguna discordancia en orden à la Patria, dia, y año del nacimiento, y muerte de la B. Eustochia.

pe-

pero teniendo por mas probable la opinion de nuestro Annalista; que para escribir tuvo, como dixè, los papeles de Sor Jacoba, Compañera de la Santa; registrò las Bullas Pontificias, y compulsò las razones de vnos, y otros Escritores: se debe estar en que la Patria de la B. Eustochia fuè Mefsina; que nació año de mil quatrocientos y treinta y seis, Jueves de la Semana Santa; que entrò en el Monasterio de Balsico año de mil quatrocientos y quarenta y nueve, ò figuente de cinquenta: que salió à la nueva Fundacion el de mil quatrocientos y sesenta, teniendo veinte y quatro de edad, y diez, ò onze de Religion; y finalmente, que murió año de mil quatrocientos y noventa y vno, à los cinquenta y quatro, y entrada en los cinquenta y cinco de su peregrinacion en este valle de las grimas.

CAPITULO XXI.

VIDA DE LA B. FRANCISCA DE Mefsina, llamada de otros Francisquina, ò Francisqueta, Hermana de la Beata Eustochia.

EN la Vida de la Beata Eustochia, Capitulo diez y seis, dexò dicho, que Sor Francisca aviendo dexado en el siglo el nombre de Mita; y consignado todos sus bienes, y riquezas à la Fundacion del Monasterio, donde tomò el Abito, no sin atroces oposiciones de sus Deudos, y especialmente del Tio, que de obra, y palabra la tratò indignissimamente: fuè puntual imitadora de las Virtudes de su buena Hermana. Para que claramente conste esta verdad, dirè ahora muy en compendio lo que resta de la exemplar, y santa Vida de Sor Francisca. Luego que el Señor des-

Part. V.

però en el coraçon de esta inocente criatura los deseos de consagrarse à su amor, la hizo patente la preciosidad, y belleza de la humildad de coraçon. Enamorada de ella, no endurò el caudal de penalidades, y desprecios, para hazer suya Margarita tan preciosa. En consecuencia de esto, eligió en la Religion el estado mas humilde de Lega, ò de Velo blanco; dando por motivo de su determinacion, no valer ella nada, sino para fer vir en oficios humildes; siendo à sus meritos honra de summo aprecio vivir esclava de las Esposas de Jesu Christo. Para que el nombre de Francisca explicasse, y sellasse esta baxeza, en que queria vivir, le usò en diminutivo, llamandose Francisquina, ò Francisqueta; que en nuestra lengua viene à ser lo mismo, que Francisquilla. Y de este nombre, como de timbre mas glorioso suyo, vsan casi todos los Historiadores, que de ella escriben.

Llevando adelante la Sierva de Dios en la Religion la empreffa de la humildad, solia dar à entender en algunas acciones, y palabras simples, que era fatua; buscando por este medio el desprecio de sí misma, con el conato que pudiera anhelar à su estimacion el mas ambicioso de honores. Vfabá principalmente de esta santa cautela, quando se trataba de eleccion de Prelada, y de la distribucion de Oficios; para que refrescada en las Monjas la memoria de su simpleza, la dexassen por fatua, sin ocuparla en aquellos empleos, que en las Comunidades se reputan por mas honorosos. Delante de otras Monjas, siempre estaba en pie, sin dispensar en esto aun quando comia con la Comunidad en el Refectorio; para cuya particularidad sacaba licencia de las Preladas; porque dezia ser disonante à vna vil esclava sentarse en la pre-

Xx

fen-